

À S. M. EL REY CATÓLICO D. ALFONSO XII,

EN LA MUERTE

DE SU AUGUSTA Y MALOGRADA ESPOSA.

ELEGÍA.

*Defuncta est ac sepulta in Bethulia.
Luceatque illam omnis populus diebus
septem.*

(LIB. JUDITH, cap. 16.)

Si lloró el pueblo de Dios
En la muerte de Judith,
Tambien lloró por su Reina
Inconsolable Madrid.
Tus gemidos, Manzanares,
Repite Guadalquivir,
Ebro y Tajo y Guadiãna,
Y Vidasoa y Genil.

I.

Llorad, amado Rey, llorad sin duelo.
Dios concede á los míseros mortales
De lágrimas el don, como consuelo
Y bálsamo eficaz de acerbos males,
Con que á veces cual Padre nos aflige
En este mundo que su mano rige.

II.

Llorad, Señor, llorad. ¿Y quién no llora
En la pátria del Cid y de Pelayo,

Viendo desaparecer (como la aurora
Del sol fenece al asomar el rayo),
Aquella perla de Madrid, aquella
De vuestro casto amor fugaz estrella?

III.

Murió ¡ay de mí! De la existencia humana
La luz brillante sonriendo alegre;
Mas, como albor de glaciäl mañana,
Súbito en sombra se convierte negra,
Ó en lobreguez de pavorosa gruta
Que el fúnebre ciprés lúgubre enluta.

IV.

Contemplad ese pueblo madrileño,
El pueblo, jóven Rey, del *Dos de Mayo*,
Que obligó á Europa á despertar del sueño,
Y de luengo y letárgico desmayo,
Cuando amagaba el déspota del Sena
Á un hemisferio con servil cadena.

V.

¡Pueblo leal! Hoy gime como el niño
Que en pobre cuna; desdichado, pierde
Á tierna madre, iman de su cariño;
No de otra suerte que la pompa verde
Se agosta en el vergel ó campo ameno,
De invierno al retumbar el primer trueno.

VI.

Ved sollozar los españoles todos,
Desde Pirene á la ciudad de Ulises,
Como á Bada lloraban dignos godos (*);
Con sombrío crespon viendo las lises
Y barras y castillos y leones,
Blason de nuestros ínclitos pendones.

VII.

Templo de Atocha, venerando templo
De la que fué sin mancha concebida,
Tú nos enseñas con terrible ejemplo,
Que vuela huyendo nuestra frágil vida
Como el rumor, que los oídos hiere,
Despierta al eco y silencioso muere.

VIII.

Bella Mercedes, ¿quién diría á España,
Cuando mas deslumbrante que un lucero,
Cuyo hermoso fulgor bruma no empaña,
Dabas tu blanca mano al Rey ibero?
¿Quién ¡ay! diría, que el nupcial anillo
Pronto á tus ojos perdería el brillo?

IX.

¿Qué nos dice la voz de esa campana,
Sonando cual fatídico lamento?

(*) La dignísima Reina Bada, esposa del dignísimo Flavio Recaredo.

¿Augura ¡oh Dios! á la nacion hispana
Nueva intestina lid de horror sangriento?
¡Patria infeliz! En vano pide al mundo
Solaz y alivio en su dolor profundo.

X.

¡Fe y esperanza!.... Si este bajo suelo
Solo afliccion promete y solo llanto,
Nuestro Dios y Señor, que desde el cielo
Á Judá protegió con amor tanto,
Á España y á su Rey en fausto dia,
Lustros dará de paz y de alegría.

Madrid, 3 de Julio de 1878.

SEÑOR:

Á los RR. piés de V. M.,
vuestro más obligado y respetuoso Capellan

Gaspar Bono Ferrano.